

1

Otro 7/11

—Aquí están de nuevo: los chicos colgados,
los chicos fumados y dopados, los chicos ciegos,
de ojos enrojecidos y bocas secas, los chicos porreros,
recorriendo pasillos estrechos e iluminados,
a la caza de comida tan frita como ellos, manos
nerviosas estrujando billetes que dejan caer
sobre el mostrador, tan contentos y tan
orgullosos, como si fueran los verdaderos
inventores del colocón...

Y detrás del mostrador, con su eterna paciencia, Rahjiv me echa una mirada con los párpados semientornados al tiempo que le cobra a otro de estos tíos que no paran de reír tontamente y apesantan a pachulí —chocolatinas Reese's Pieces, loto Pic-6, Red Bull y un taquito de queso cheddar—; y tal vez Rahjiv piensa: «Estos críos, eh, Matt...» O puede que no, porque Rahjiv no sabe cómo me llamo y yo no llevo una etiqueta con mi nombre. Yo no soy más que ese tío de mediana edad que deja su sedán de color gris plomo con el motor encendido cuando entro en la tienda después de la medianoche. Cuando no puedo dormir. Y he olvidado comprar la leche en una tienda normal. Leche para los cereales de los niños. Por la mañana. Antes de ir a la escuela.

La leche cuesta como dos dólares y medio el litro.

Desde hace unos años, los inmigrantes recién llegados como Rahjiv funcionan a modo de un test de Rorschach político: si ves un turbante y piensas en un terrorista, eres un conservador; si supones que estás ante un neurocirujano indio que habla cinco idiomas, obligado a atender a imbéciles a medianoche por un salario mínimo, eres liberal, como yo. Por supuesto que yo no tengo más pruebas de que Rahjiv fuera un médico en Delhi que las que un camionero de Texas podría tener de que es uno de éstos que ponen bombas. Por lo que sabemos incluso es posible que Rahjiv se haya postulado para el puesto de encargado de un 7/11 en la India, por lo impecables que son sus movimientos cuando entrega el cambio y mete en bolsas de plástico, sin esfuerzo alguno, tartitas Hostess Sno Balls y Little Debbies, barras energéticas y refrescos Mountain Dew. «No, aguarda... tío. ¡Leche chocolatada! Y cortezas de cerdo.» —Mientras otro fumado reevalúa las estanterías—. «Y... ¡Ooh! ¡Ooh! ¡Cool Ranch Doritos!»

Cada vez que entro en este sitio, pienso siempre en mis propios hijos, en casa, durmiendo en sus camas, todavía a algunos años de distancia de esta clase de problemas (¿o será que ya sueñan con estar a medianoche delante de la máquina de Slurpee?)*

Dos chicos blancos tatuados vistiendo sudaderas de seda se colocan en la fila detrás de mí y yo me pongo un poco tenso, me palpo un par de veces la cartera. El gordo hace malabarismos con un *pack* de doce botellas de litro de licor de malta, mientras su compañero se aleja para gritar en su móvil: «¡Chulo! ¡No hagáis nada hasta que lleguemos, eh!» La puerta se cierra detrás del violador en serie del móvil y finalmente soy el primero de la fila con mi leche. «Hola, Rahjiv», pero en ese momento algo sale terriblemente mal en la máquina expendedora de refrescos, y el depen-

*Un *Slurpee* es un refresco carbonatado con hielo triturado que se vende exclusivamente en los 7/Eleven mediante una máquina dispensadora que manejan los propios clientes, quienes eligen entre más de veinte sabores y se lo sirven en vasos de cartón o de plástico transparente. (N. del T.)

diente y yo nos volvemos al mismo tiempo, atraídos por un chillido hidropónico que surge desde lo más profundo de la caverna formada por una capucha azul. Un *skater* de *piercings* y pelo lacio, que lleva la tabla sujeta con correas a la espalda, ha derramado su Sprite de dos litros, y ahora cree que es... *lo más... jodidamente... gracioso... del mundo*, y Rahjiv vuelve a hacerme un gesto de cansancio, sin duda deseoso de estar otra vez abriendo cráneos en el hospital general de Bombay. Con un movimiento despreocupado pasa mi botella por el escáner de precios.

Me entrega la leche. Para los niños. Para los cereales. Por la mañana.

Cuesta como dos dólares y medio el litro.

También pienso en mi madre cuando vengo a este sitio. Hace unos años ella estaba agonizando y se obsesionó con los atentados terroristas de Nueva York. A mí me disgustaba que, debilitada como estaba, se angustiara tanto con preocupaciones de esa clase mientras apretaba con el pulgar la bomba de morfina, como si pudiera salvarle la vida —no podía—, y su miedo a morir, que se manifestaba como un miedo a cosas que ya tenía más razones para temer: la delincuencia indiscriminada, el calentamiento global... y, más que nada, los terroristas en aviones. «Matt, ¿crees que habrá otro 7/11?», me preguntó poco antes de morir. Se me ocurrió que podría corregirla, pero sólo dije: «No, mamá, no habrá más 7/11».*

*El título de este capítulo es un juego de palabras, que le da significado a todo lo que en él ocurre y que se repite a lo largo del libro, entre los 7/11 o 7/Eleven, minisupermercados o «tiendas de conveniencia», que abren toda la noche y que es, probablemente, la cadena de tiendas más grande del mundo, así como la forma de escribir las fechas en inglés estadounidense, en la que la primera cifra corresponde al mes y la segunda al día. Este personaje quiere referirse al 9/11 (11 de septiembre), fecha del atentado terrorista a las torres gemelas de Nueva York, pero dice en su lugar «7/11», que es el 11 de julio. La mayoría de los productos que se describen en este capítulo son característicos de los 7/Eleven. (N. del T.)

—Bonitas pantuflas, tío —dice el violador del móvil cuando salgo con la leche. Tendrá unos veinte años, lleva un holgado chándal de color tiburón; pelo negro peinado hacia atrás por encima de las orejas y un complicado tatuaje que le asoma por la camiseta, en la base del cuello. Y ahí mismo, sin esconderse, delante de la tienda de conveniencia, convenientemente me ofrece una calada de una pipita de cristal, una pequeña pipa de marihuana con forma de cigarrillo. Lo rechazo con un gesto, pero en cierta manera deseo no haberlo hecho... Han pasado al menos quince años, pero tampoco es que yo haya aparecido de la nada en un suburbio de gente indolente con un martini Stoli en la mano; he tenido mis momentos. En la universidad me llamaban *el comehierba* por la forma con que me tragaba aquellos porros de Acapulco Gold, mientras ardía el incienso, con luces negras en las paredes y Pink Floyd retumbando por toda la planta donde estaban los dormitorios...

Ah, y técnicamente no son «pantuflas», sino unos mocasines informales que canjeé en el Nordstrom Rack por un ticket de regalo cuando devolví un cárdigan que me hacía igualito a mi abuelo. Por supuesto que no le cuento nada de esto al chico drogado; me limito a sonreírle y a responder «No, gracias», pero entonces me detengo para mirarlo más de cerca, en lugar de seguir camino hacia mi coche. Tal vez sólo sienta curiosidad por esa pipa tan astuta, o tal vez sea el olor de la maría o tal vez todo esté más bien relacionado con la especie de flojera giratoria que estoy experimentando, pero la cuestión es que todavía sigo ahí quieto cuando el gánster blanco más gordo se suma a nosotros, con una gorra de béisbol de visera plana puesta de costado, y ahora estamos los tres situados en un semicírculo, como si esperaríamos el momento del saque.

—Oye —dice el del tatuaje en el cuello y la pipita—, este tío nos puede llevar a la fiesta.

Y cuando estoy a punto de decirles que no puedo llevarlos porque tengo que volver a mi casa (y ellos parecen ligeramente peligrosos), el gordo de la gorra dice «Gracias, tronco», como si le

sorprendiera que yo fuera un tío tan enrollado, y, de pronto, yo quiero ser así de enrollado. A todo esto, el gordo mira lo que llevo en las manos y se echa a reír.

—¡Maldita sea, hombre! ¿Por qué compras la leche en este sitio? Por esta mierda te cobran como dos dólares y medio el litro.

Las nubes están bajas, semejantes a un techo inclinado teñido por las luces procedentes de la ciudad. Se deslizan en silencio sobre nuestras cabezas. Y dos violadores y fumadores de marihuana en chándal se suben a mi coche.

Una vez leí que sólo podemos temer lo que ya tememos y que nuestros miedos más profundos son el recuerdo de un temor más antiguo e insoportable. Si eso es cierto, entonces tal vez haya sido conveniente que mi madre no llegara a ver otro 7/11.

—Bonito coche.

—Gracias.

—¿Los asientos tienen calefacción individual?

—Ajá.

—Se siente raro. Como si me hubiera meado encima.

—Te habrás meado encima, tronco.

—Apagaré la calefacción.

—¿Qué clase de coche es éste?

—Un Nissan. Maxima.

—¿Cuánto te costó?

—Oh. No mucho.

Pero eso no es cierto. Si sumo las alfombrillas de invierno, los impuestos y un redundante contrato de servicio de mantenimiento de dos años, el coche me costó 31.256 dólares. Y debido a varios *reveses* recientes —pagos no realizados, penalizaciones consecuentes, refinanciación de la vivienda, consolidaciones de deudas, diversas crisis familiares y la inoportuna pérdida de mi empleo—, después de dos años de pagar cuotas, por alguna razón sigo debiendo 31.000. Por un coche que cuesta 18.000. Así está mi vida en este momento: he retrocedido lo máximo posible.

—Mi hermano pilló un Maxima una vez —dice el chico que está sentado atrás—. O un Altima. No los distingo.

Ladrones de coches. Qué bonito.

Los delincuentes se llaman Skeet y Jamie.

—¿Jamie? —le pregunto al chico del asiento delantero.

—Sí, en verdad, qué putada, ¿eh? —dice Skeet desde el asiento trasero—. Este tío tiene nombre de chica, ¿no?

—Mámamela, Skeet —masculla Jamie, y vuelve a ofrecerme la pipita, y para mi propia sorpresa esta vez la acepto; es que deseo probar aunque sea mínimamente el sabor de ese humo dulce, o tal vez quiera asegurarme de que no le hayan hecho nada nuevo a la hierba...

¡Oh, pero sí se lo han hecho!

Reprimo una tos. Me gotea la nariz. Me arden los ojos. Alguien está fermentando hojas en mi garganta. Raspándome los pulmones con una pala. Guau.

—Es buena, ¿eh? —pregunta Jamie.

—Nada mal —digo con voz áspera.

—Es de diseño. Cuesta como cien el gramo —interviene Skeet.

—¿Ah, sí? —No consigo reprimir el siguiente ataque de tos.

—Totalmente —explica Jamie con un tono cantarín de entusiasmo—. Un tío que es un premio Nobel hizo una especie de Frankenstein con esta maría en un laboratorio de la Columbia Británica, ahí, en Canadá. Ésta en realidad es una imitación de aquella otra, pero es bastante buena. Pueden hacer lo que quieran, ¿sabías? Pueden hacer que te afecte la mente de mil maneras diferentes, tío.

Y me parece que debe de ser cierto, porque después de dos caladas al estilo de aquel viejo dormitorio universitario, a mi cerebro se le abre una filtración por la que parece que se me escapara la vida, y les cuento a Jamie y a Skeet toda la historia: que dos años atrás renuncié a un buen trabajo como periodista financiero, para crear un improbable sitio web de poesía e inversiones; que el derrumbe

inmobiliario nos enterró en el preciso momento en que mi padre senil vino a vivir con nosotros; que conseguí recuperar mi antiguo empleo en el periódico pero que hace ocho semanas me despidieron. Que en el periódico me dieron catorce semanas de indemnización, y que me quedan seis para encontrar un empleo, porque catorce menos ocho son seis. Que la semana pasada fue la séptima, que la semana próxima será la quinta, pero que justo ahora,

en este momento,
con Skeet en el asiento trasero,
y Jamie en el delantero,
justo ahora, refiriéndome a este... preciso
momento —y retengo el humo
en el pecho como si pudiera hacer
que este momento fuera eterno—, juuuuuu...

—Son seis. Seis semanas.

Y ése ni siquiera es el plazo más urgente: me quedan siete días enteros para liquidar mi fondo de jubilación y cubrir así los 30.000 dólares que quedan del último pago global a la entidad de crédito, porque corro el riesgo de perder nuestra casa. Y es este segundo plazo, les cuento a los chicos, lo que le ha dado a mi búsqueda laboral una urgencia tan atroz, y por eso me preocupa la disminución de los anuncios de empleos, por eso relleno solicitudes con manos temblorosas, confiando en que las personas que cito como referencias todavía conserven los puestos de trabajo que hice constar en mi currículo, y también me preocupa el hecho de que —esto último acaba de ocurrírseme— estoy añadiendo otra presión más a una situación de mierda, porque «incluso si consiguiera ahora una entrevista laboral, probablemente me obligarían a hacer un...»

—¡...Test de drogas! —grita Skeet desde el asiento trasero, y se echa a reír y yo me río y él se ríe y yo paro de reírme y él sigue riéndose.

—No te asustes, Pantuflas —dice Jamie—, hay un millón de maneras de pasar un análisis de orina.

—Nueces pecán —dice Skeet desde el asiento trasero.

—¿Nueces pecán? —Jamie se vuelve.

—¿No leí algo sobre una dieta a base de nueces pecán o algo parecido en *O*?

—¿Cómo coño voy a saber lo que has leído? ¿Y qué coño iba a escribir Oprah sobre cómo pasar un análisis de drogas?

—Tronco, Oprah no escribe todo lo que aparece en *O*. Ella sólo es la dueña de esa mierda.

—¿Y qué coño pintas tú leyéndola?

—Mi mamá lee esa mierda, tío... Y no sé, tal vez el artículo saliera en *People*.

—Entonces, ¿qué coño hacen las nueces pecán?

—¡Cómo mierda voy a saber qué hacen las nueces pecán! Te limpian el pis, o algo así.

—Estás loco, cabrón.

—Tú estás loco.

—Tú estás loco.

—Tú estás loco.

—Tú estás tan loco que ibas a la escuela en el autobús de los retardados.

—Tú sabes que aquello era conductual, tío.

Y yo debo de estar colocado porque esta conversación tiene sentido.

Jamie le hace un gesto de desprecio a Skeet y vuelve a mirar hacia delante.

—No le prestes atención a esa mierda, Pantuflas. Te diré lo que tienes que hacer para el análisis de pis. Consigue esas píldoras. Ya sabes, las que venden en Internet...

Tú también no, Jamie. No caigas en la mentira de Internet, eso de que todo lo que necesitamos se consigue con pulsar una tecla; todos esos relucientes datos, los hábitos de ligue de los famosos, vídeos de gordos cayéndose, porno... poesía financiera... listas de

empleo, informaciones de ejecuciones crediticias, consejos para la pobreza... ¿Y qué me cuentas de lo que mi mujer ha empezado a buscar en Internet?

Pero antes de que pueda sumergirme demasiado en otra ronda de autoconmiseración, Jamie me relata, con su voz cantarina, una anécdota.

—Podrías hacer lo mismo que mi primo Marshall, ¿eh? Ese cabrón se compró un catéter, ¿sabes? Lo conectó a una bolsa, ¿entiendes? Con el pis de otro, ¿eh? Y ahora revisa maletas en el aeropuerto. ¿Sí? Y está a punto de conseguir un puesto de supervisor en la Agencia Nacional de Tecnología y Seguridad, ¿vale?, y una credencial de seguridad, ¿eh? No te miento. Ese tío tiene a alguien que lo avisa cuando van a hacer análisis al azar, y guarda ese catéter lleno del pis de otro precisamente ahí, en el armario, ¿lo captas? Y cuando se entera de que van a hacer los análisis, el tío va y se lo monta.

Por el espejo retrovisor veo que Skeet bebe directamente de mi cartón de leche.

Oye, que me ha costado como dos dólares y medio el litro.

Muy buena hierba. Mucho mejor que esa hierba amarronada y polvorienta que fumábamos en la universidad. Y vuelvo a pensar en mi madre, y en el disgusto que tuvimos durante las vacaciones de Navidad cuando yo cursaba el primer año universitario, y ella, haciendo la colada, encontró un porro solitario entre las monedas y la pelusa del bolsillo de mis 501 (ella detestaba el sonido de las monedas golpeteando en la secadora), y yo traté de convencerla de que era un billete enrollado de un amigo y ella me preguntó si yo creía que era estúpida y yo dije «No», aunque como yo tenía dieciocho años por supuesto que pensaba que mi madre era estúpida, y a pesar de que mis padres aún estaban juntos en esa época, ella *nunca le contó a mi padre* lo del porro, y me siento fatal porque ella fuera tan decente cuando yo era un pedazo de mierda; me siento fatal por todo lo que hice y por todo lo que no hice, y la echo muchísimo de menos, aunque probablemente sea mejor que

ella no esté aquí, porque no podría soportar que tuviera que enterarse de eso de las bolsas de los análisis de Marshall, el primo de Jamie... el que mea el pis de otro mientras busca bombas en los zapatos y nos mantiene a salvo de los tipos que planean otro 7/11.

No, no, es una hierba excepcional...

Y la fiesta... No es una fiesta como las fiestas que yo recuerdo, sino que son ocho tipos jóvenes, bajos y gordos y altos y delgados, negros, mestizos, blancos, modelos rechazados de la marca Abercrombie & Fitch, que pisan un lecho de flores delante de un edificio de apartamentos, enfrente de una pizzería cerrada, que fuman, ríen, beben licor de malta de botellas de un litro y usan palabras como «tronco», «mierda» y «guay», y yo encajo bien, aunque no consigo recordar cuándo le di mis pantuflas a Skeet, pero él las lleva puestas, el tronco bebe de mi envase de leche, y yo estoy en calcetines, chupando la pipita como un submarinista con un tubo de aireoxígeno, mientras capto conversaciones que no tienen ningún sentido para mí: música que jamás he oído, y «chicas flipadas marchosas», no sé, «el coche roto de alguien»; y de estas conversaciones deduzco que mis nuevos amigos tienen entre diecinueve y veintidós años, han cursado algunos ciclos formativos en instituciones estatales, tienen empleos a tiempo parcial y salario mínimo, y algún que otro arresto por posesión, y pienso en el semicírculo que yo acostumbraba a formar en la redacción con los viejos escritorzuelos del diario con sus corbatas de pajarita, más o menos a la hora del noticiario de las cinco de la tarde, momento en que, cruzándonos de brazos, hablábamos en nuestro propio código sobre nuestras esposas y nuestros coches, sobre publicistas y blogs y el Dow Jones, y se me ocurre que tal vez el mundo esté formado por círculos pequeños como éste y aquél, que tal vez no haya ninguna diferencia fundamental entre esos círculos salvo los códigos para intercambiar datos, que tal vez en alguna parte una jauría de conspiradores terroristas estén formando su propio circulito, mientras pegan saltitos con los pies aterridos de frío y ululan no sobre el gran diablo norteamericano, sino sobre la novia flipada y marchosa de Ahmed, o sobre el coche que

se le rompió a Mahmoud, y es entonces cuando me viene otra vez la imagen de mis propios hijos, que algún día formarán parte de su propio círculo, perdedores generacionales fumando una marihuana cada vez más mejorada y hablando sobre el perdedor de su padre que se dejó hundir después de que lo aplastara la Gran Recesión, o como sea que llamen a este periodo en los manuales de historia, o en los archivos en MP3 de historia y por Dios, apenas tengo cuarenta y seis años... No quiero seguir con esos pensamientos de abuelo, pero me siento tan viejo, tan desempleado, tan pasado de moda, tan «tecnología obsoleta», un impotente montón de sobras, que voy desarmándome, desarmándome, desarmá...

—¡Eh, alto! —Uno de los delincuentes interrumpe mi larga cantinela de autoconmiseración; es Jamie, el del cuello tatuado, el fiable, el líder callado, y se me encara—: ¡Tío! ¿Tú no...? O sea... ¿No te mueres de hambre?

Y la verdad es que, mientras salto en calcetines y con los pies empapados delante de este edificio de apartamentos, soplándome las manos que parecen pertenecer a otra persona de tan frías y pensando en mis hijos acostados en sus camas en mi casa y en las muchas maneras en que aún puedo defraudarlos, es cierto...

¡Sí! ¡Mucha! ¡Mucha hambre!

Pero tal vez todos estemos muertos de hambre,
hambrientos de las cálidas luces
y los angostos pasillos llenos
de cosas buenas hechas de
nachos-de-maíz-y-crema-agria-de
cebollas-y-cebollinos-a-la-barbacoa,
y una vez más
llevo en mi coche a mis chicos,
Skeet y Jamie.

...Y ya estoy hipnotizado por el par de luces traseras, semejantes a ojos de gato, a las que me han ordenado que siguiera para cuando

llegamos (porque ¿dónde más puedes encontrar a los hambrientos, a una comunidad de los hambrientos...? «Sigue al tío del Festiva robado... maldición, qué bien conduce...» «¿Y ese olor? ¡Tío! —dice Jamie, y Skeet ríe orgulloso y Jamie grita—: ¡Deja ya la leche, Skeet!», y yo me parto de risa cuando Jamie me explica que «...este tío tiene una puta intolerancia a la lactosa, macho») a esas tiras franjas planas naranjas y verdes, a esa bondad pura, luminosa y ardiente de...

... otro 7/11. Y aquí estoy, justo como temía mi madre, drogado hasta los morros, desempleado, a una semana de perder mi casa y tal vez a mi esposa y a mis hijos, y entramos yo y mis nuevos amigos, es decir: (1) el violador de la sudadera, (2) el tío de los tejanos anchos, (3) el chico de la capucha, (4) otro violador con sudadera (y mis pantuflas) y en último lugar (5) un desempleado de mediana edad con pantalones chinos, chaquetón, camiseta de golf y calcetines mojados... Y sí, mamá, en un mundo perfecto, podríamos encontrar una tienda normal abierta, pero es que sencillamente hay momentos en que uno tiene que salir al ancho mundo, entrar en esos lugares oscuros e inquietantes y peligrosos, y entonces allá voy...

Directo hacia el congelador y al canto de sirena de un burrito de carne y alubias sobre el que me abalanzo, desenvuelvo y horneo en el microondas —sin dejar de saltar llevando puestos mis empapados calcetines mientras observo cómo esa cosa gira bajo la luz, como el bebé Jesús en una incubadora—, y es entonces cuando Skeets flipa, ¡flipa completamente, se vuelve loco! «¡Apágalo, macho! ¡Esa mierda es veneno puro, macho! ¡Nos llenan de radiación con esa mierda, nos convierten en zombis nucleares!» Jamie trata de calmar al pobre chico con los dientes apretados, «Tranquilo, hombre», pero Skeet se niega a calmarse, y sigue pegando alaridos y señalando el zumbante horno microondas, mientras el dependiente, el Rahjiv de esta tienda, grita: «¡Sacad a ese tío drogado de aquí o llamo a la policía!» Y todos empiezan a gritar «¡Cálmate, hombre, cálmate!» y «¿Qué más se ha metido?» y «¡Él

siempre está flipando, tío!» y «¡No llames a la policía; el tío está en libertad condicional!»

Y entonces lo recuerdo: *yo soy un adulto* y puedo hacer... algo... Puedo arreglar esto, proteger a mis chicos, solucionarlo todo, así que cojo a Skeet de sus hombros redondeados y siento cómo su corazón late a toda velocidad, lo miro a los desenfocados ojos y le digo...

—Skeet. Mírame. No es radiación nuclear. Son sólo ondas; como ondas de sonido. —Mi voz se vuelve más baja, más lenta—: Ondas minúsculas. —Respiro profundo—. Como buenas ondas, ¿sí? Por eso las llaman micro... ondas. ¿Ves? —Y él sigue respirando agitadamente cuando yo hago un gesto con la cabeza y el microondas pita, y Skeet lo mira, jadeando. Y hay silencio en la tienda.

Un segundo después, Skeet me devuelve el gesto. Sonríe. Todo marcha. Bien.

Y yo le palmeo el hombro, cojo mi burrito humeante y me pongo en la fila para pagar, ocupo mi lugar junto a los hambrientos y los desesperados, los paranoicos, bostezando de miedo, los niños hambrientos, solitarios, perdidos, defraudados por sus padres desempleados, hombres liquidados por el microondas de la historia, una generación de padres desafortunados, desventurados, irresponsables, que no tienen la menor idea de cómo arreglar nada, ni la menor pista de qué hacer salvo ir a su casa a enfrentarse a los bebés incubados que contemplan sus cuencos secos de Crispix, y confesar...

... Lo siento, pero Skeet se bebió toda la leche... justo antes de flipar...

Oh, soy un padre de mierda, un marido de mierda, un hijo de mierda, un ser humano de mierda... y he perdido mi trabajo de mierda, y estoy a punto de perder mi casa de mierda, y estoy en el fondo de mi ser de mierda cuando echo una mirada a la interminable voluta húmeda de la máquina de Slurpee y quedo instantáneamente hipnotizado...

¡Plátano-frambuesa-mora-cherryCoke-piñacolada! Tan pacífica. Gira y gira, y podría pasarme la eternidad mirando esa mezcla mojada de sabores, y entonces Jamie se pone a mi lado y susurra «Voy a mezclarlos todos, tronco», como un soldado ofreciéndose voluntario para una misión suicida.

—Ve con Dios —le susurro, y Jamie lo hace: va directo hacia una borrosa masa helada de piña colada y después vuelve al principio de la fila, cherry Coke, frambuesa, y me devuelve la sonrisa, y yo me pongo loco de orgullo mientras me adelanto a pagar mi burrito, mis ojos se posan en el reloj de pulsera del empleado cuando...

...durante apenas un segundo... no estoy seguro de... si he olvidado... qué significan los números, o tal vez... sólo esté imaginando... cómo sería... olvidar lo que significan...

Me paso días enteros contemplando el reloj de ese tipo, hasta que el minuterero por fin se mueve; y la posición de las agujas del reloj respecto de esos numeritos se relaciona con el recuerdo de cómo funciona este mecanismo en particular (un recuerdo del jardín de infancia: la señorita Bean, calzando unas botas psicodélicas, de pie delante de mí moviendo las manecillas de un reloj que tenía el dibujo de un sol); y yo conecto la relación de esos símbolos con un sistema para medir el movimiento de la Tierra alrededor del Sol al tiempo que a través de un bosque de sinapsis surge como una chispa un patrón de construcciones teóricas (tiempo, espacio, botas psicodélicas) que estalla en llamas formando un incendio evolutivo que representa casi un milagro de comprensión abstracta, un salto einsteniano de conocimiento: *son las cuatro y media de la mañana*. Eso significa que todavía tengo tiempo para llegar a casa y ver la última hora de sueño de mis hijos.

Y, en mi mente, el Nissan Maxima de mis responsabilidades sigue al Ford Festiva de mi desentrañamiento hasta llegar a *esta* tienda de ultramarinos de mi revelación:

¡Eh!

¡Aquí también venden más leche!

Pero esta mierda cuesta como dos dólares y medio el litro.

Una vez fuera de la tienda, Skeet y Jamie se marchan con el tío del Festiva y yo les hago un gesto de despedida con mi nuevo envase blanco y me siento enamorado de esa negrura fresca previa al amanecer, enamorado de mis muchachos, enamorado del dos por ciento.

El trayecto en coche hasta mi casa es glorioso; la luz de la calle se desliza como la marea al amanecer.

Me río por la nariz. Meto la llave en silencio. Como si hubiera vuelto a los dieciséis años. Mi viejo y senil padre está dormido en el diván-cama de la sala, y la tele continúa encendida y fija en ESPN. Era lo que estábamos mirando juntos cuando salí a buscar la leche... hace casi cuatro horas. Papá no se mueve. Trato de quitarle el mando a distancia pero lo tiene agarrado contra la mejilla como una manta de seguridad, de modo que apago el aparato manualmente, a la antigua. Ahora retransmiten todos los días las diez jugadas más importantes de la fecha; y yo pienso: ¿y si la vida fuera así, y a la hora de acostarnos viéramos los momentos principales del día? (N.º 4: Skeet flipa delante del microondas.)

Arrastro el envase de leche a la cocina, lo guardo en la puerta de la nevera; la comida que hay dentro también es gloriosa: palitos de queso, aceitunas para el martini —chomp, chomp—, devoro como un tiburón, sin conciencia, luego merodeo por la planta superior y encuentro a Lisa en la cama; el cabello, muy corto y alborotado, se le pega a la almohada. Mi esposa es guapa; es lo que dicen todos, aunque últimamente esa palabra lleva añadido una especie de matiz acusatorio, como si hubiera algo perturbador en una mujer adulta que sigue siendo guapa bien entrada en la cuarentena; y quizás ése es nuestro problema, puede que Lisa sea demasiado guapa, hecha un guapo ovillo, con su guapa espalda apuntando al absolutamente nada guapo espacio donde yo no estoy durmiendo. Su guapo móvil en la mesilla de noche, donde sin duda ella lo dejó después de mandarle un SMS a su antiguo novio... y yo acaricio la idea de despertarla, de rogarle un poco de

bondad marital —chuic, chuic—, tal vez podríamos arreglar esto de la manera en que arreglábamos los problemas cuando teníamos veintisiete años, pero estamos en un periodo de sequía de chuic-chuic, y según un chat de ella en Internet que yo espíe horas antes, estos días ella no se siente una gran fan de Matt. En cualquier caso, quizás éste no sea el mejor momento para intentar recuperar a mi guapa esposa, dado mi aliento a porro y burrito, y al hecho de que no le he contado que podríamos perder la casa incluso la semana próxima. (Me imagino revelándoselo mientras nos echamos un par... ¡Sí, sí, sí! ¡Ah, ah! ¡Qué-bien-que-se-siente-nos-estén-a-punto-de-desahuciar!)

Así que regreso al pasillo; las habitaciones de los críos están una frente a la otra, y yo me quedo a mitad de camino de ambas, con los brazos en jarras. Montando guardia. Como un superhéroe. Lo único que quiero es mantenerlos a salvo, sanos, alimentados. Pero ¿sin trabajo? ¿Sin perspectivas? ¿Sin dinero? ¿Sin casa? ¿Cómo era aquella frase...? *Siempre hay esperanza, pero no para nosotros.* Tengo la boca seca. La cabeza me pesa cuarenta kilos.

Echo un vistazo a *mi casa*, al menos por un tiempo, antes de que emprenda su viaje de regreso a Providential Equity, o como se llame la empresa que comprará la empresa que compró la empresa que compró el paquete de facturas impagadas donde están las nuestras. ¿O esto es sólo más melodrama, más autocompasión? (Quitarte la casa no es lo primero que hacen. Quieren que pagues. Tú eres la clase de propietario que ellos desean. Harán lo que haga falta para que te quedes aquí.) No, lo único que debo hacer es liquidar bienes, reunir algún dinero, mostrar buena fe, conseguir hablar por teléfono con alguien de la entidad de crédito hipotecario y convencerlo de que necesitamos un poco más de tiempo... eso es todo... un mes... ¿qué es un mes...?, un solo mes para un periodista de cuarenta y pico... para encontrar un empleo... en medio de una recesión... en que los periódicos se hundan más rápido que los bancos de inversión.

Me desplomo contra la pared, agotado. ¿A quién engaño? No puedo salvar a nadie. Tal vez Skeet esté en lo cierto. Tal vez nos estén contaminando con radiación; tal vez ya estemos muertos. Mamá lo sabía, sabía que siempre habría otro 7/11. Y de pronto me doy cuenta de que su miedo al terrorismo no era por ella. Ella ya no iba a subirse a ningún avión. Temía por mí, temía por sus hijos y sus nietos, por todos los chicos hambrientos y perdidos. Temía por el mundo que sabía que estaba dejando. Allí, mientras agonizaba, debió de darse cuenta de que no estaba en sus manos hacer nada para proteger a la gente que amaba. Así como no está en mis manos hacer nada por mis niños, mis niños que algún día fliparán solos en los cálidos y estrechos pasillos de un mundo que está más allá de su comprensión. Da igual que yo esté muerto, con lo que podría ayudarlos. (Mis muchachos se mueven en sueños, aceptando que ahora este mundo espantoso es de ellos, su duro, duro mundo: *vete, viejo; descansa; duerme.*) Y en mi desgastada mente se proyecta un resumen de noticias que habla de guerra e inestabilidad, derrumbe financiero y escuelas deficientes; aplazamientos, ejecuciones, desahucios; cinismo, crisis climáticas, 7/11; y la melodía se convierte en mi canción temática personal (*Concierto de fracaso y arrepentimiento en Mi menor*), mientras mi vida se derrama desde mis pies y forma un charco en el pasillo...

Y éste es el momento en que llega la más improbable de las paces, y yo sonrío. Porque, por más jodido que esté el mundo, por más lúgubre que sin duda será el futuro, tan lúgubre como terminó siendo para mi madre cuando se moría del tumor que nos mata a todos, hay una verdad que no puedo negar, una cosa que ningún acreedor puede quitarme; incluso mientras mis niños ya condenados se agitan en la fría ignorancia del sueño previo al amanecer, incluso al mismo tiempo que mi vida misma gotea de mí, empapando la alfombra, y se filtra en las grietas de mi árida tumba, debo admitir, a regañadientes, que...

... aquel burrito era jodidamente sensacional.